

VICTOR SERGE

Michoacán, Jalisco, Paricutín

14 de julio de 1947

Con Cliff, Joe Anzaro y Carmen de la Vega en camino. Varias veces llegamos a las alturas, entramos en las nubes y las vemos deshilacharse sobre los sitios boscosos.

Dulce encanto el de Morelia en la noche, con el rosa sombrío de la catedral, sus plazas, callejuelas, viejos edificios españoles, sus muchachas detrás de las altas ventanas iluminadas. Visitamos una biblioteca cerana al hotel Roma. Las edades del espíritu se superponen. Es una vieja iglesia transformada, espaciosa. A lo largo de una galería circular, bajo la bóveda, se colocaron los bustos en mármol blanco de sabios y filósofos. Hay un librero situado contra un fresco de mala calidad que representa a un indio blandiendo la hoz y el martillo... Descubrimos una gran cantidad de obras del siglo XVIII, tratados en latín, un Condillac completo. El pequeño y viejo bibliotecario simiesco, moreno y miserablemente vestido, habla con amor de los preciosos manuscritos que se encuentran en los estantes de la galería. El portón se abre a la calle azul y vagamente rosa. Muchachos morenos, en harapos, entran a pedirnos centavos. En Morelia se respira el dejarse vivir, el pasado noble, la juventud. Muchachos y muchachas estudiantes llenan las bancas bajo los grandes árboles.

Estudian mucho sin ir muy lejos. Más sexualidad que cerebro. En el día la plaza está ardiendo y en las calles rosas y amarillas hay un calor abrasador. Fritangas y dulces de frutas bajo las arcadas. "Aquí fue fusilado Matamoros", se lee en una losa casi borrada a la entrada del hotel Virrey de Mendoza. Al otro extremo de la plaza, un sobrio monumento dedicado a otros fusilados de las guerras de la independencia.

El museo es la vieja residencia de una familia aristocrática, con sus hileras de piezas tranquilas, sus muebles viejos, su frescura y sus ventanas enrejadas que dan a un exterior soleado. El licenciado Antonio Arriaga, joven atlético, apasionado de las antigüedades de Michoacán, nos guía a través de la sala dedicada a la cultura tarasca. Figuritas de muertos (de cinco a ocho centímetros de alto), sorprendentes por su parecido casi grotesco. Terracotas pintadas. Sexuadas. Hombres que se toman el miembro. Una matrona con el vientre caído, nariz grande, la boca muy hendida, desnuda, con suntuosos collares y un peinado adornado, tiene toda la apariencia de una patrona de burdel. Los artistas que hacían estas figuritas tenían un extraordinario don de retratistas: con unos cuantos rasgos se traduce la personalidad. Aros de obsidiana para los labios maravillosamente trabajados, algunas joyas de oro, todo marcado para la delicadeza, la minuciosidad, la paciencia, por una especie de equilibrio

interior. En el patio, dos viejas carrozas. Una de ellas pertenecía a un riquísimo hacendado que terminó fusilado en la época de Maximiliano.

Pátzcuaro

El taller de los trabajadores del lago. Un viejo convento abandonado con numerosos patios. Una familia pobre vive allí sola. Desde lo alto del mirador, la extensión del horizonte, lago y montañas, cielo. Quiroga y Tzintzuntzan bajo una lluvia golpeante que anima, crea y desvanece paisajes fantasmáticos.

Uruapan

Ciudad sucia, extrañamente abandonada, inhospitalaria, donde el turista es una presa. Posada tarasca. Reencuentro con dos jóvenes norteamericanos desmovilizados. Uno de ellos es un guapo muchacho destinado a la carrera diplomática, chapurrea el francés, no le gusta dar nunca ninguna opinión — ¡desde ahora! Le digo: "Tiene usted razón, las opiniones son peligrosas, desconfíe de ellas. Pero aunque usted no las tenga, este hermoso mundo un día lo agarrará del pantalón y lo arrojará a la guerra, la miseria y lo demás..." No entiende que será casi de inmediato.

El hermoso parque con mil fuentes, el arroyo, los cafeteros, los bananeros frondosos, la fiesta de las aguas borboteantes.

En la librería de un sirio, con el secretario de los enamorados, la llave de los sueños, Zweig y Bourget, los libros de mi querido viejo Panait Istrati que hacen pensar en él.

Después de Zamora empiezan las suntuosas estepas parecidas a la meseta, pero erizadas aquí y allá y con enormes candelabros, sombríos en el resplandor del sol.

Paricutín

Dos horas de coche hasta el volcán por el camino entre el bosque que recorrí dos veces, hace mucho tiempo. Vi estos bosques calcinados, estos árboles sin una sola hoja verdunas de cenizas negras y rojizas cubrían todo el lugar. El bosque muerto que se alzaba en la ceniza era siniestro, reinaba una inmensa calma, no había un solo pájaro... La vida ha resurgido maravillosamente, los follajes brotan, el verde prevalece sobre las cenizas: es un renacimiento completo; se acabaron los campos devastados, absolutamente muertos, que Laurette comparaba con campos de batalla... En los claros, las ondulaciones de cenizas están repletas de arbustos con flores blancas. Súbitamente, a nuestra izquierda, un paisaje amplio de una tristeza ilimitada: el cono bajo el vol-

cán, gris bajo el cielo descolorido, todavía humea un poco. En los alrededores, los campos y taludes están blancos como de nieve debido a la granizada. Fumarolas sulfurosas se levantan por todas partes. Hay una enorme explosión inmóvil de humo y vapores, colosal, nebulosa, del lado donde el volcán se perfila más finamente. Hasta allá, la ondulación de las planicies es de cenizas grises pero claras, con los arbustos de flores blancas.

Ya no se puede ir a San Juan. El amplio valle que separaba la aldea del volcán, y hasta el mismo pueblo, fueron invadidos por los torrentes de lava. Estos bajan; después, arrastrados por su propio peso, descienden las pendientes, parecen ir a donde quieren secretamente, inevitablemente... Henos aquí en una colina cercana a un rudimentario campamento donde encuentro a los indios más taciturnos del mundo. (Vienen de una extraña aldea de pedriscos con casuchas de adobe y láminas negras, infinitamente triste, que atravesamos; las muchachas de cabellos largos, mirada sombría, rostro manchado de ceniza, nos miraban sin la más mínima expresión.)

La iglesia de San Juan aparece a un kilómetro y medio: su campanario emerge del campo de lava en medio de la desolación. La lava se detuvo aquí formando una muralla de seis metros, por lo menos, de alto. Ninguna palabra podría explicar esto. Es una extensión de caos demente donde las formas se erizan y desgarran, fijas en el gris negro —todas las formas informes desafían la imaginación, la vida, la geometría. Nada se parece a nada, caos puro cuya formación parece no

haber obedecido a ninguna ley inteligible. Contemplo esto estremecido por el contacto directo de lo inimaginable cósmico. La lava es dura y quebradiza, pesada y ligera, otro caos de conceptos: llegó incandescente sobre matorrales y arbustos devorándose la mitad de ellos, la otra mitad vive reverdeciendo alegre. Sobre un montículo de cenizas, un maguey y una palmera medio quemados viven. Del extremo del campo de lava, que parece ilimitado, el bajo cono del volcán fumea un poco, las fumarolas brotan, allí está la enorme explosión casi inmóvil del bajo cráter lateral. La nube se mueve con lentitud. El cielo parece bajo, gris pero impregnado de una luz difusa. Mis amigos se fueron en mulas a la fuente de la lava. Al regreso, Joe dice emocionado: "Apenas se cree lo que se ve... Es lo inimaginable." Tiene razón. Estoy enfermo del corazón y camino por la meseta mirando. Algunos indios juegan a las cartas en grupos separados. Norteamericanos exhaustos regresan por un sendero de escaleras que atraviesa la lava. Las gentes pierden importancia en este desierto primigenio del comienzo o del fin del mundo. Un señor gordo de cabeza encendida como sapo me saluda amistosamente desde su coche, fumamos juntos un momento —y me doy cuenta de que es un loco, un verdadero loco, ofuscado, miedoso, de pupilas desorbitadas. Se pone súbitamente a recitarme versos en latín y un texto del *Quijote*, me dice que es profesor de una universidad norteamericana, luego me mira con espanto, se aparta, y siento que cree que voy a saltarle a la garganta. Lleva una blusa de rayas blancas y azules, que le hace parecer un marinero gordo o un presidiario.



Dibujo de Vladý *Estructuras del aire*, 1969. Pátzcuaro, Michoacán, pluma y palillo, 33 x 50.5 cm.